

de San Francisco Javier. No hay, pues, vivencia del tema, sino, como hemos dicho, resonancia española del tema oriental, cuyo rastro estamos siguiendo.

De la curiosidad infatigable de don Juan Valera surge el tema oriental de alguno de sus cuentos, como *El pescadorcito Urashima*, de ambiente japonés, probablemente popular <sup>14</sup>, pero cuyo origen chino puede suponerse dada la importancia de la cultura «central» sobre la de «las islas». De tema chino es también uno de los diálogos que bajo el título de *Asclepigenia*, «cómica alegoría de la decadencia de la civilización gentil», publicó bajo el título de *Gopa*. Explica cómo Gopa, esposa de Buda, reacciona noblemente ante el comportamiento del sabio, en contraste con el egoísmo incomprensivo de la madre del filósofo <sup>15</sup>. Esa temática no puede sorprendernos si recordamos otros trabajos de Valera, como *El budismo esotérico* (1887) o *Leyendas del antiguo Oriente* (1870).

La curiosidad de Valera por el mundo oriental se advierte también en su divertido libro *Morsamor*, cuyo pintoresco protagonista, después de recorrer la India, se traslada a Cantón y después a Macao (capítulo XXXIV). Sus fuentes de información, como ya se supone, son las tradiciones, noticias aportadas por los jesuitas «y de otros sinólogos españoles y portugueses, sin excluir a don Sinibaldo de Mas, nuestro amito».

Este Sinibaldo de Mas, en efecto, había fundado con Valera, en 1856, *A Ibérica*, una sorprendente revista que propugnaba el acuerdo entre España y Portugal. Personaje fantástico, nacido en 1809, poeta, erudito, autor de un tratado sobre *El sistema musical de la lengua castellana* (1832), consiguió que el Gobierno español lo enviase en misión informativa a Extremo Oriente, abriendo el mercado de China a los productos catalanes y residiendo en Filipinas, que estudió en un completo *Informe* (1843), lo que provocó que fuera designado como embajador en China. Resultado de sus conocimientos fue su libro publicado en francés *La Chine et les puissances chrétiennes* (París, Hachette, 1861); lo presenta como «ancien envoyé extraordinaire et Ministre plenipotentiaire de la Reine d'Espagne en Chine». Su libro, en dos volúmenes, de 358 y 482 páginas, respectivamente, produce asombro por la cantidad de noticias históricas, de datos estadísticos y de notas políticas que contiene.

El interés por el Extremo Oriente es insólito en nuestra literatura crítica. Anotemos como excepción la figura de un curioso analista, Fer-

<sup>14</sup> Poseo una edición japonesa impresa toda ella en tela, sobre el mismo tema, que debió ser traducido al francés o al inglés, y acaso sirvió a VALERA para su delicioso relato.

<sup>15</sup> El relato está incluido en el volumen *Cuentos, diálogos y fantasías* que publicó VALERA en 1887.

nando Araújo, que nos ha dejado en la revista *La España Moderna* curiosos trabajos sobre literatura china («El teatro chino», nov. 1900) y japonesa («La literatura pesimista en el Japón», junio 1903; «Un donjuán japonés», julio 1906; «Los siete defectos de las novelas japonesas contemporáneas», agosto 1910).

Acaso de estas líneas podría acompañarse con el nombre del guatemalteco Enrique Gómez Carrillo (1873-1927), que deslumbró a sus contemporáneos con su lujoso arte de *chroniqueur*, del que destacamos libros como *De Marsella a Tokio* (1905), *El Japón heroico y galante* (1922), *Literaturas exóticas* (1923), etc.

No es extraño que en una estética en la que predomina la noción de lo «raro», lo distante y lo exquisito la estética decadente del *fin-du-siècle* aparezca la *chinoiserie* como pretexto decorativo. Recuérdese, a este efecto, lo que supuso la frecuencia de este tema en la obra de los hermanos Goncourt.

En el modernismo hispánico, estos temas habían de aparecer ya desde sus inicios. Así, por ejemplo, el poeta cubano Julián del Casal, en su poema «Neurosis», nos da este rincón decorativo:

*Un biombo rojo de seda china  
abre sus hojas en una esquina  
con grullas de oro volando en cruz,  
y en curva mesa de fina laca  
ardiente lámpara se destaca  
de la que surge rosada luz*<sup>16</sup>.

Pero más curioso ejemplo nos lo ofrece otro poeta cubano, Regino Pedroso, que publicó en 1955, en la ciudad de La Habana, un libro de «poemas chinos» titulado *El ciruelo de Yuan Pei Fu*. Si hemos de hacer caso a lo que dice en su prólogo, Regino Pedroso sería un mestizo de chino y criolla, y este Yuan Pei Fu, su antepasado, que, a falta de otros tesoros, le habría legado los poemas de que se compone este curioso libro.

La temática de estos poemas es, por supuesto, radicalmente china, aun cuando su estética no se ajusta a la retórica proverbial de la lírica tradicional del Celeste Imperio. No resisto, sin embargo, a la tentación de reproducir algún ejemplo significativo.

*Oh, Yuan Pei Fu, ¿qué hace esa tortuga  
que lenta, torpe, estúpida, apenas si camina.  
¿Para qué sirve? ¿Por qué la adoran todos?  
¿Por qué ante ella, en éxtasis la gente así se postra?  
¿Por qué le temen? ¿Qué cosa ilustra?  
¡Oh discípulo..., todo y nada!*

<sup>16</sup> Bustos y rimas, 1893.

También Rubén Darío había iniciado el tema. Ya en *Azul* uno de sus cuentos se titula *La muerte de la Emperatriz de la China*, y en él se relata la venganza de una mujer enamorada que destruye un busto de porcelana, destinado a su marido, porque tiene celos de aquella mujer que describe «toda la gama: oro, fuego, ocre de Oriente, hoja de otoño, hasta el pálido que agoniza fundido en la blancura, en un contorno de seda bordada de dragones»<sup>17</sup>.

No es extraño, pues, que ante la princesa de la «Sonatina» el poeta se pregunte «piensa acaso en el príncipe de Golconda o de China», y que la decoren a la vez «los jazmines de Oriente, los nelumbios del Norte»<sup>18</sup>, y que en su «Divagación» haga desfilar, entre tantas, las visiones del Celeste Imperio:

*¿Los amores exóticos acaso?  
Como rosa de Oriente me fascinas;  
me deleitan la seda, el oro, el raso.  
Gautier adoraba las princesas chinas.*

*¡Oh bello amor de mil genuflexiones:  
torres de kaolín, pies imposibles,  
tazas de té, tortugas y dragones  
y verdes arrozales apacibles!*

*Aname en chino, en el sonoro chino  
de Li-Tai-Pe. Yo igualaré a los sabios  
poetas que interpretan el destino:  
madrigalizaré junto a tus labios.*

*Diré que eres más bella que la luna;  
que el tesoro del cielo es menos rico  
que el tesoro que vela la importuna  
caricia de marfil de tu abanico*<sup>19</sup>.

El tema chino es frecuente en los poetas hispanoamericanos. El gran poeta colombiano Guillermo Valencia tradujo e interpretó poemas del Celeste Imperio en un libro al que puso por título *Catay*. Y Leopoldo Lugones gustaba de evocar «una sutil decoración morada» en la que

*poblóse de murciélagos el combo  
cielo, a manera de chinesco biombo*<sup>20</sup>.

Los modernistas de acá del Atlántico gustaban también de decorar con temas orientales incluso los decires castizos. Y si el «mantón de la

<sup>17</sup> *Azul*, 1888.

<sup>18</sup> *Prosas profanas*, 1896.

<sup>19</sup> *Prosas profanas*, 1896. Según Marasso Roca, Rubén Darío leyó a Li-Tai-Pe en el *Livre de jade*, de J. GAUTIER. *Rubén Darío y su creación poética* (1934), pág. 13.

<sup>20</sup> *Los crepúsculos del jardín* (1905).

China» era el regalo espléndido que ofrecían a sus amadas los chulos de *La verbena de la Paloma*, no faltaba la «glosa» cultificada en el elogio que del pañolón lujoso hizo don Luis Fernández Ardavín en su obra escénica *Rosa de Madrid*, en la que la protagonista exclama, mezclando confusamente elementales nociones geográficas:

*Mantoncito de Manila,  
rico pañuelo chinés  
que se ciñe y se perfila  
de los hombros a los pies  
como si de carne fuera.  
Mantoncito japonés  
que del Rastro a la Pradera  
vibras como una bandera  
del barrio de San Andrés* <sup>21</sup>.

Federico García Sanchiz, que gustaba de añadir el concepto de cosmopolita a su verboso «españollear», realizó un viaje a Extremo Oriente y residió algún tiempo en la China, cuyas vivencias se encuentran en su extenso libro *Shanghai* (1927), vivencias que rememoró más tarde en su libro *Playa dormida* (1958) <sup>22</sup>. Este rastro toma mayor entidad en una deliciosa novela corta que titula *La comedianta china*, que publicó en 1926, en el fascículo 11 de *La Novela Mundial*, y en la que evoca la ciudad, en la época en que los europeos empezaban el asedio comercial de la ciudad y se instalaban aparte en la calle de *Las trece factorías*. En este ambiente el novelista describe los juegos escénicos en los cuales los papeles femeninos los asumían los hombres, especialmente educados para este menester <sup>23</sup>.

Dentro del preciosismo que transparentan estas páginas de García Sanchiz, apasionado por lo *exótico*, podríamos colocar la figura de Agustín de Foxá, por su obra *Cui-Pi-Sing*, deliciosa estampa dramática que obtuvo el Premio Nacional de Teatro y fue representada con éxito. Un emperador de la China encarga a su sabio consejero Hoang que le busque una mujer que disipe su tristeza. Dice el emperador:

*Eres sabio, Hoang-Ti, mi favorito.  
Conoces  
todas las propiedades  
del triángulo rectángulo*

<sup>21</sup> Don Jacinto Benavente rindió tributo a la moda orientalista estrenando en 1916 una traducción de una obra inglesa, de ambiente chino, obra de GEORGES D. HAZELTON y HARRY BENRRIVA, titulada *La túnica amarilla*, que él incluyó en sus *Obras Completas*. Recuérdese el enorme éxito que el gran actor español Ernesto Vilches obtuvo con la interpretación de la obra *Wu-Li-Chang*, en la que incorporaba prodigiosamente un personaje chino.

<sup>22</sup> Especialmente en los capítulos titulados «Canta un pájaro en el cementerio viejo» y «Adiós a China».

<sup>23</sup> La novela está dedicada a Margarita Xirgu, «coleccionista de chinerías», recordando puesta en escena impecable de la fantasía teatral de ambiente chino *Tien Hoa*.

*y del ochenta y uno  
cuadrado del cuadrado  
de tres, número místico.  
Te sabes de memoria  
todo el herbario chino,  
anuncias los eclipses  
de la aguja magnética,  
no ignoras los secretos  
y has escrito un trabajo sobre el pulso,  
pero ignoras,  
seda y fruta, la piel de las mujeres,  
no sabes del amor  
y desconoces  
el misterio escondido en unos ojos.*

HOANG: *La sangre es corruptible  
y los ojos son sangre encristalada.  
Las mujeres  
llenan la noble casa del letrado  
de menudos problemas,  
y si el sabio pretende  
estudiar los planetas,  
ella le habla de espejos y de trajes.*

A lo largo de este bello poema escénico es fácil seguir el esfuerzo de Agustín de Foxá por imitar los juegos del poema breve y la metáfora sutil de la poesía china.

Curiosa la escasez del tema chino en la generación de 1927. Apenas si en el segundo García Lorca, en el posmodernista de *Primeras canciones* (1922) y de *Canciones* (1921-24), sorprendemos un tipo de instantánea lírica, de pura expresión de una «presencia», al modo de la poesía oriental. Así, por ejemplo:

*La luna va por el agua.  
¡Cómo está el cielo tranquilo!  
Va segando lentamente  
el temblor viejo del río,  
mientras que una rama joven  
lo toma por espejito.*

El gusto por la estrofa breve—*hai kai, tannka*—de la lírica japonesa está en una gran parte de los poemas, que aparecen, por cierto, dedicados «A Miguel Pizarro (en la irregularidad simétrica del Japón)», como en este «Nocturno esquemático»:

*Hinojo, serpiente y junco.  
Aroma, rastro y penumbra.  
Aire, tierra y soledad.  
(La escala llega a la luna.)*

El mundo oriental remoto, con una escenografía de biombo, aparece en estos breves relámpagos líricos, en uno de los cuales la evocación irónica de Marco Polo ayuda a precisar una geografía ilusoria:

*Sobre caballitos  
disfrazados de pantera,  
los niños se comen la luna  
como si fuera una cereza.  
¡Rabia, rabia, Marco Polo!  
Sobre una fantástica rueda  
los niños ven lontananzas  
desconocidas de la tierra.*

Los paisajes—estanques, puentecillos, jardines—explican que uno de los poemas del Federico de estas *Canciones* se titule, precisamente, «Canción china en Europa», donde aparece la nota exótica:

*La señorita  
del abanico  
y los volantes  
busca marido.*

*Los caballeros  
están casados  
con altas rubias  
de idioma blanco.*

El mismo sabor de *chinoiserie* tienen muchos juegos epigramáticos de este período lorquiano, como:

*cuando sale la luna  
de cien rostros iguales,  
la moneda de plata  
solloza en el bolsillo.*

Cuando no alusiones más concretas, como en «Dos marinos en la orilla», uno de los cuales:

*se trajo en el corazón  
un pez del Mar de la China.*

Aparte de Federico García Lorca, es obligado—dentro de la generación de 1927—recordar la presencia del tema chino en la obra de Rafael Alberti. Claro está que, esta vez, por razones de afinidad política. El gran poeta comunista, en efecto, dedica a China un manojo de poemas—como un ramo de flores—en su libro *La primavera de los pueblos* (1955-57), bajo el título «Sonríe China», cuya imagen previa y su confrontación real. Así, la verdad de los campos:

*Hoy todo es sangre, hervir, crujiente vida,  
improbo, inagotable manadero.  
¡Venid, venid a ver la acometida  
de este inmenso hormiguero!*

de los talleres textiles:

*trenzad la flor, la golondrina,  
el cisne, el lago, la arboleda.  
Tejed la antigua y nueva China  
en un inmenso sol de seda.*

de los estudiantes:

*Hoy, por el lado, banderas.  
Violines y banderas.  
Los estudiantes están  
de fiesta.*

Sin que falte—recuerdo obligado—una «Canción china en China», que dedica a Federico García Lorca.

No pretende esta breve sucesión de poemas agotar la temática del rastro chino en nuestras literaturas. Vamos a dar, como curiosidad únicamente, algunas notas sobre el tema en Cataluña.

La curiosidad hacia la literatura china madrugó en la literatura catalana a partir de los intentos del escritor Apelles Mestres, que en 1925 publicó una antología de *Poesía Xinesa* (ed. Salvador Bonavía), desde los orígenes (siglo x a.J.C.) hasta los últimos poetas clásicos del siglo XVIII. El poeta más traducido es, por supuesto, Li-Tai-Pé, del que da una treintena de poemas. Sin duda, este precedente influyó en la abundancia de versiones del mismo debidas a Josep Carner, que constituyen su libro *Lluna i Llanterna*. La traducción de Apelles Mestres lleva un orientador prólogo, en el que subraya la anticipación de la rima en la poesía china desde los tiempos más primitivos. Otro gran poeta catalán, Marian Manent, ha publicado un libro de «interpretaciones de poesía xinesa» (Barcelona, ed. Atenas, A. G., 1928), de delicada vibración poética.

La presencia de lo oriental en la literatura catalana, y de lo chino en particular, debe ser estudiada también en relación con la literatura japonesa. Así, por ejemplo, tenemos el curioso ejemplo del escritor cosmopolita Josep M.<sup>a</sup> Junoy, que, en 1920, y en un libro publicado en francés bajo el título de *Amour et paysage*, introdujo el *bai-kai*. Posteriormente, Carles Riba ensayó el otro género clásico japonés (la *tanka*, estrofa de veintiuna sílabas) en su libro *Del joc y del foc*. Dentro de esta atmósfera de influencia recordemos el éxito de la traducción catalana de *El llibre del té*, de Okakura Kakuzo, publicada hacia 1930.

Y escogemos, para terminar, los fragmentos más representativos del espléndido poema de Pablo Neruda titulado «Soledades de la tierra china», aparecido en su libro *Navegaciones y regresos* (o. c., II, 267):

#### SOLEDADES DE LA TIERRA CHINA

*Desde arriba eres, tierra china,  
multitud verde de terrazas,  
jardinería de esmeraldas  
o dulce agricultura de abejas.  
Eres un pleno panal verde.  
Y el hombre sube las semillas,  
entre las rocas, a las nubes,  
a las islas, entre las olas.*

*El hombre chino trabaja la tierra  
y la tierra china lo trabaja,  
aguza sus manos pacientes,  
dibuja surcos en su cara.  
Luego la tierra espera al hombre  
y él se confunde con el polvo,  
como una pálida semilla.*

*Oh tierra magnético, rostro  
del mundo, antigua y nueva luna,  
como el tiempo, germinadora;  
como el océano, infinita;  
nación eterna de raíces,  
plantación copiosa de seres:  
las nubes te envuelven y naces  
millones de veces al día.  
Pasan los pueblos y tú eres.*

GUILLELMO DIAZ-PLAJA

Pintor Rosales, 42  
MADRID-8